

El trabajo en la historia y la espiritualidad de la experiencia monástica benedictina

Introducción

Estas cuatro conferencias fueron impartidas al grupo de jóvenes profesos de la Región Andina durante la última semana del mes de abril de 2008 en el Monasterio Trapense de Miraflores, Chile. La Madre Cristiana Piccardo fue invitada para animar la Reflexión sobre “El Trabajo en la historia y en la espiritualidad de la experiencia monástica benedictina”. Partiendo de su propia experiencia personal del trabajo, desde su niñez, va asociándola a su vivencia en el monasterio a través de los años. Luego, expone cómo la oración está en el origen del trabajo y cómo es el camino que nos permite entrar en la obra de Dios que construye el mundo. A continuación, a partir de algunos escritos de los Padres Cistercienses, en concreto la sentencia 120 de San Bernardo, nos hace comprender que dentro de la fatiga de la cotidianidad existe un camino por recorrer; el camino que pasa de lo carnal, de la búsqueda de afirmación y apariencia, al camino de la humildad, de la compunción para llegar al camino del amor que introduce en la libertad y en la gloria de la verdadera devoción. Al finalizar, a través de textos de la psicología contemporánea y de los diálogos de una joven comunidad de su orden, afirma que el trabajo como servicio, supone una formación de la responsabilidad para realizar lo que se nos encomienda con fidelidad y empeño, y prestar atención a la tentación del “poder” que siempre está al acecho de quien emprende una actuación responsable en la vida. En conclusión: todos y cada uno de los miembros de la comunidad están llamados a realizar el trabajo de la conversión sobre la responsabilidad mutua de la santificación, invocando toda la fuerza del Poder de Dios.

Equipo Coordinador

Un poco de historia

Presentación:

Soy hija de una familia pobre, aunque la pobreza en aquellos tiempos era, quizás, muy relativa, porque el trabajo de mi papá era suficiente para que la familia disfrutara de un cierto bienestar y para que la mamá pudiera quedarse tranquilamente en la casa, cuidando los menesteres domésticos, de su hija y compartiendo con los más pobres lo poco que se tenía. Todo esto era muy normal. No éramos ciertamente ni una familia rica, ni burguesa: la sobriedad y sencillez de la vida aseguraba, a pesar de los escasos recursos, una cierta tranquilidad doméstica y una posibilidad de compartir. Una verdadera escuela.

De mi padre aprendí la dedicación escrupulosa al trabajo, la puntualidad rigurosa y el sentido profundo del deber: ganar la vida sin quejas y pretensiones, agradecer al Señor por disponer de un trabajo y no carecer de nada. Mi mamá sabía hacer mucho con pocas cosas y gastando poco. Siempre me enseñaba que, durante la huida a Egipto de la Sagrada Familia, la Virgen María había bajado de su asno para recoger, en el polvo del camino, una migaja de pan en el polvo del camino. No se debía desperdiciar nada.

¹ Madre Cristiana Piccardo, OCSO es abadesa Emérita del Monasterio de Vitorchiano, Italia; fundadora de varias Comunidades, entre las que se encuentran las de Hinojo, Argentina y Quilvo, Chile. Actualmente reside en el Monasterio de Humocaró, Venezuela, en el que también fue Abadesa.

Toda esta formación, sencilla y profunda y a la vez tan humana, respetuosa de la dignidad de la persona y rigurosa frente al deber del trabajo, me sirvió mucho en la vida; aún más después, en mi experiencia monástica. Contentos con poco, agradecer lo recibido, no desperdiciar nada, respetarlo todo, ganarse seriamente la vida, compartir con quienes menos tienen... Son valores que no se olvidan.

De hecho una de las cosas que más me había fascinado en el descubrimiento de la vida trapense era ver que las monjas se ganaban la vida con su trabajo, en particular -en aquellos tiempos- el trabajo manual y campesino, y que el trabajo era considerado como uno de los valores fundamentales de la vocación monástica, porque «*la ociosidad es enemiga del alma*» como afirma el comienzo del capítulo 48 de la *Regla* de san Benito; y continúa en el versículo 8 del mismo capítulo: “*son verdaderos monjes cuando viven del trabajo de sus propias manos, como nuestros Padres y los Apóstoles*”. La referencia a la Iglesia Apostólica, tan querida a san Benito como modelo esencial de su vida monástica, da forma también a su visión del trabajo.

A su vez nuestras constituciones subrayan el valor del trabajo como participación a la obra divina de la creación, reconocen al trabajo una fuerza redentora, una dimensión de fatiga sana, equilibrada, que educa a la responsabilidad, y consideran como finalidad del trabajo el sustento de la comunidad y de los pobres que acuden al monasterio: por eso valoran la solidaridad que el trabajo permite vivir con el mundo obrero y el mundo campesino, es decir, el mundo de los trabajadores más humildes del mapa humano. La comunidad monástica benedictina aparece entonces fundamentada, a nivel de su propio sustento y de su solidaridad con los más necesitados, sobre el trabajo y no sobre las limosnas o los beneficios. La Providencia es un constante milagro que nos manifiesta la misericordia de Dios. El *Exordio* del Císter es categórico en el rechazo de todo beneficio de la sociedad feudal de siglo XII.

En los primeros contactos con el monasterio, mi generación había sobrevivido a la tragedia de la segunda guerra mundial y a la locura de las dictaduras fascista y nazi. El hecho de encontrar una forma de vida que expresaba su derecho a la libertad, a la libertad de poder vivir su propia elección vocacional, incluso trabajando duramente, era fascinante. Naturalmente el ideal supremo era transformar nuestra vida en una alabanza continua del Señor, un agradecimiento universal, respirar una obediencia que conformaba íntegramente la vida a la voluntad de Dios y encontrar, por fin, el sentido de la existencia; sin embargo, a pesar del rigor de la observancia de aquel tiempo, y de la evidencia de una propuesta fuerte de conversión, la libertad era la respiración del corazón.

Mi generación ya empezaba a entrar en el monasterio habiendo cursado estudios superiores, títulos universitarios y doctorados, pero se encontraba en la Trapa, hace 50 años, con el trabajo del campo, todo manual, sin duda bastante duro y, al mismo tiempo, sumamente liberador de todas vanas imágenes de éxito mundano, de la ley de la eficiencia, de la competitividad, de la afirmación personal. Era un contacto radical y directo con la realidad en su forma más bruta, más bella e más purificadora.

El trabajo era considerado, por una parte, como la forma más concreta y verdadera de una ascesis, de una sana penitencia; por otra, como la forma más real para el desarrollo de un equilibrio humano: el hombre está hecho de alma y cuerpo y necesita, junto a la intensa actividad intelectual y anímica que siempre la oración litúrgica y la *lectio* exigen, cierta actividad física para lograr un equilibrio armónico de su persona. Además, el trabajo evidenciaba las capacidades y los límites reales de cada persona (la persona siempre se revela sin disfraces en el trabajo), desarrollaba cierta creatividad y responsabilidad formaba concretamente a la colaboración, a la caridad y a la comunión: era una verdadera escuela.

Una de las mayores gracias para mí ha sido la de entrar en una comunidad pobre y haber recibido el ejemplo de una generación de ancianas, muy sencillas, quizás incultas, pero muy

generosas y muy fieles en su adhesión tanto a la observancia monástica como a la vida común. Recuerdo que mi Madre Maestra, que no era muy brillante en sus la exposición de los temas formativos, y que, sin embargo encabezaba diariamente la larga fila de las novicias que iban al trabajo de la huerta o de la viña y marcaba con su presencia asidua todo el ritmo de la jornada monástica. Era una escuela viva que transmitía, con su ejemplo, un valor de dedicación y sacrificio muy concretos y positivos. Porque lo que más cuenta en la formación monástica es la transmisión de un carisma y de una vida a través de la experiencia concreta que surca el camino de una generación a otra. Ciertos valores nunca se aprenden teóricamente sino a través un proceso de transmisión vital, un proceso de paternidad y maternidad que engendra fidelidad y una experiencia de profunda filiación que recibe con respeto y admiración el patrimonio de quien nos ha precedido. De estas ancianas, nuestra generación de post-guerra, se ha sentido verdaderamente hija, verdaderamente engendrada justamente porque la guerra había borrado el sentido de una transmisión. Un detalle que era una modalidad de aquel tiempo, pero quizás revelador de una unidad sencilla y vital entre trabajo y la oración, consistía en el uso de marchar casi procesionalmente al ir al trabajo llevando la escardilla bajo el brazo izquierdo y la corona del rosario en la mano derecha. Una costumbre aparentemente un poco ridícula, pero la imagen que se fijaba en la memoria era la de un camino procesional y orante para abrazar el trabajo como una forma de oración, de ascesis y de adhesión a la voluntad de Dios y al servicio de la casa. Pues lo que hace de la vida una oración permanente es justamente la inmersión total en la voluntad de Dios a través de la obediencia, es vivir cualquier acto y servicio comunitario a la presencia del Señor. Es la conciencia de esta Presencia que nos hace respirar la vida como una ofrenda permanente de alabanza a Dios.

Con el tiempo, casi todas las comunidades monásticas, dado que el puro trabajo campesino no garantizaba más el mantenimiento de la comunidad, fue necesario transformar el trabajo de los campos en cultivos especiales y elaborar los productos del campo de manera más industrial: así empezaron la producción de vinos, de mermeladas, de aceite y los cultivos ecológicos, etc. Y para completar la renta campesina, siempre muy limitada con otros ingresos, surgieron la otras actividades que bien conocemos, pues son comunes a muchos monasterios: elaboración de tarjetas, trabajos de encuadernación, iconos, producción de jaleas o pastas caseras, miel, chocolate, galletas, etc. Sin embargo siempre se ha buscado mantener la forma del trabajo manual, y de custodiar una manera de participación del cuerpo en la ascesis de la fatiga laboral, es decir, una búsqueda de equilibrio entre una actividad mental y corporal como decíamos antes...

El trabajo se alterna -como bien sabemos- con los tiempos de oración y *lectio*, con el respiro amplio y eclesial de la liturgia en una vida ordenada por un horario preciso y totalmente orientada al encuentro con el Señor. Y sabemos, por experiencia directa, que sin un largo respiro de oración, sobre todo nocturna, no se aguanta el trabajo. Siempre he observado que las monjas más trabajadoras de mi comunidad son las que empiezan el día con sus cuatro o cinco horas de liturgia nocturna y matinal, de silencio orante, de *lectio divina*: hay una paz interior, un espacio sereno de aguante, una aceptación agradecida de la vida que sólo se forman en este silencio *vigiliar*.

Actualmente observo que nuestro último Capítulo General estuvo preocupado por el hecho de que estamos en una “economía de mercado” que nos hace perder el valor del trabajo manual como componente esencial de la vida y de la espiritualidad benedictino-cisterciense, con el peligro de volcarse a lo que es más tecnológicamente sofisticado o más nuevo o más eficiente o más productivo, descartando el trabajo humilde, aparentemente improductivo, sea agrícola, sea propio de los menesteres sencillos de la casa que, sin embargo, construyen la belleza, la pulcritud del monasterio y la paz comunitaria. El problema ha quedado abierto, pues que todos los abades presentes se han dado cuenta de que el trabajo tiene un valor insustituible en nuestra experiencia, que lucha contra la acedia, la irresponsabilidad, la evasión del sacrificio y del dolor es la gran tentación moderna y que justamente la experiencia del trabajo nos permite

de permanecer anclados a la realidad en la cual Dios se manifiesta, madurando responsabilidad, realismo y generosidad.

Interesante un *excursus* histórico del trabajo monástico para darnos cuenta de cómo el interés para el trabajo ha acompañado desde siglos nuestra experiencia. Se trata de un estudio que se enfrenta con el problema de una necesaria innovación laboral², dada la necesidad de creatividad que la economía actual exige. Y lo cito ampliamente, no por una problemática de innovación que puede ser muy relativa para nosotros, sino para subrayar la importancia que siempre ha tenido la fórmula benedictina del «*ora et labora*» en toda la evolución de la economía no tanto monástica como occidental. Cito libremente algunos párrafos (4º capítulo):

*«La tensión por encontrar soluciones a los problemas de la vida cotidiana es propia del hombre de todas las épocas, incluso en sus orígenes. El hombre prehistórico descubre el fuego para calentarse y cocinar lo que necesita por su supervivencia biológica; construye las primeras puntas de flecha para cazar con eficacia; inventa la rueda para transportar más fácilmente pesos; descubre en la naturaleza los materiales necesarios para su subsistencia como, por ejemplo, el hierro o el cobre. Sin embargo, desde el punto de vista histórico, el verdadero desarrollo económico en el mundo europeo y occidental encuentra su origen en la Edad Media. Ya el hebraísmo y el cristianismo introducen en la cultura humana una innovación fundamental: el paso de una concepción circular del tiempo a una dimensión no repetitiva, sino dirigida hacia una finalidad: es decir, introducen la idea de un **desarrollo temporal**. Pocos años después de la caída del Imperio romano, san Benito de Nursia suscita una nueva forma de vida capaz de resistir a la presión bárbarica. Es el monacato benedictino, que se difunde en toda Europa y que constituye el origen del desarrollo económico de todo el occidente. Un monje medieval pronunció esta frase: “propter necessitatem inventa est mechanica”. En los monasterios la innovación nace de las necesidades prácticas. La regla afirma “vivan los monjes del trabajo de sus manos” (cap. 48) sin que el trabajo disminuya el espacio de la oración (opus Dei). Partiendo de la exigencia de que una dimensión orante del tiempo no debía quitar espacio a otra dimensión activa, pues que todo era espacio sagrado, los monjes fueron de una creatividad extraordinaria, inventando métodos de cultivo, instrumentos para la producción agrícola, aprendiendo a poner las fuerzas de la naturaleza al servicio de su trabajo, sea para ganar tiempo por el respiro contemplativo de su vida, sea para ayudar a sus vecinos a mejorar sus condiciones de vida. Fueron hombres de oración y educadores económicos... Su creatividad inteligente y exigente, acostumbrada a la contemplación y a la reflexión, logró, con la observación directa de la realidad, descubrimientos e inventos, importantes y decisivos para el destino de Europa, sin los cuales no se puede explicar la Revolución Industrial del Setecientos. Utilizaron, por ejemplo, el hierro para proteger las pezuñas de los caballos; el arado avañtrén para roturar zonas de bosque o de aluvión; los molinos de agua y, más tarde, los de viento; el cabestrante para levantar pesos; la carretilla y la rueda con aro; la brújula, que no es una invención china, los anteojos; el dique para controlar el agua de los ríos y canalizarla; el collar del caballo para el tiro y muchos inventos más. San Benito introduce en la cultura occidental no solamente la innovación técnica, sino una excepcional innovación organizativa: **el horario**. La alternancia rítmica entre el servicio de Dios y el trabajo quedan hoy día como una modalidad organizativa básica en nuestra estructura social. Tarea del abad era cuidar el toque de la campana y vigilar por una sagrada puntualidad. De hecho, el tiempo tiene una importancia peculiar en la Regla de san Benito. Se atribuye a un monje benedictino que vivió en Cataluña, Gerberto de Aurillac, la invención del reloj mecánico. En los monasterios había entonces el Santuario, la Regla, un horario, una orden organizativa que eliminaban la sorpresa,*

² Raffaello VIGNALI, *Eppur si muove - Innovazione*.

las dudas, el capricho, la irregularidad. Contra las inciertas fluctuaciones del mundo estaba la roca de la disciplina de la Regla. Había en la Edad Media cerca de 40.000 monasterios benedictinos que dictaban un modelo de convivencia humana altamente calificado y eficiente. Hay estudiosos que ven en la Regla de san Benito todos los valores necesarios para el éxito de cualquier empresa laboral incluso en la actualidad. En realidad los monasterios testimonian que cualquier tipo de innovación que transforma y desarrolla la capacidad del hombre frente a las necesidades de la vida, nace de algo que viene antes, nace de un hombre que sabe mirar a la realidad con inteligencia, simpatía, admiración y respeto, descubriendo, a su vez, que la realidad revela el designo eterno del Creador y la presencia insondable del Misterio divino. La capacidad de ver la realidad en todos sus aspectos positivos nace solamente de una relación del hombre con Dios, nace de la oración. Se trata de mirar la realidad hasta al fondo. Pero «mirar la realidad hasta el fondo» ya es rezar y vivir el estupor de un encuentro que va más allá de lo que se toca».

Para quien sabe mirar, la realidad provoca siempre estupor y preguntas, y la circunstancia, cualquiera que sea, siempre nos apasiona si es conexión con el Insondable, con el Misterio, con la Gran Presencia.

Todos conocemos el realismo de san Benito y su visión de la vida extremadamente concreta, como un trabajo, como un *opus* a cumplir, en el sentido que la vida siempre evoluciona hacia un cumplimiento, hacia un “más allá”, hacia una plenitud de significado y de encuentro. No por nada él nos invita a subir los 12 peldaños de la humildad, que son camino hacia el hombre total. San Benito define la misma oración como “*opus*”, “*opus Dei*”, porque es una acción litúrgica, una obra, que pide al hombre toda su atención tanto racional como física. De hecho la alabanza litúrgica -“*la obra de Dios*”- es participación vital y concreta de todo el ser, ya en la tierra, a la infinita alabanza del paraíso, al destino de la creación, al misterio del tiempo, a la evolución de la humanidad que peregrina hacia lo eterno. ¡Es un gran trabajo! No hay nada de mecánico ni de pasivo en el “*opus Dei*” de san Benito, todo es participación activa, inteligente, responsable.

El monasterio benedictino está dominado por el gran culto de la alabanza del Señor, por el continuo encuentro con la gran Presencia de Dios en la sacralidad de un camino hacia la plenitud de la conversión: el trabajo no está fuera de este culto plenario, de esta alabanza que se mueve como un río y atraviesa todas las circunstancias de la vida. Sólo tenemos que aprender a trabajar de forma contemplativa y transformar el trabajo en oración, no porque nos distraemos de lo que estamos haciendo, quizás repitiendo jaculatorias, sino porque trabajamos en presencia de Dios, cumpliendo el destino del mundo y de la humanidad.

Mi Padre siempre trabaja... Dios trabaja siempre creando, y crea el mundo y lo lleva a su cumplimiento a través también de nuestra actividad laboral.

El significado del trabajo y su relación con la vida de oración³

Como punto de partida quiero hacer una referencia a nuestro último Capítulo General en el que se habló del trabajo. Hubo algunas intervenciones muy interesantes. Puede destacarse la de Don Armand Veilleux, quien afirmaba que todo servicio, sea rentable o no, construye la comunidad. Toda la vida es trabajo. Como hemos dicho antes San Benito define como trabajo también la oración comunitaria, el “*opus Dei*”, la “*obra de Dios*”, porque una acción litúrgica es realmente un trabajo que requiere el uso de todas las fuerzas vitales del hombre: corporales, intelectuales, espirituales. “*Toda nuestra vida -decía este abad- es trabajo y, al mismo tiempo, es oración: rezamos cantando, leyendo, andando, trabajando*”. Para Don

³ Uso una interesante conferencia de Don Massimo CAMISASCA a los sacerdotes de la Fraternidad San Carlos Borromeo

Armando el trabajo monástico tiene siempre una dimensión contemplativa. Si somos de veras monjes contemplativos, lo seremos tanto en los sitios del coro como en cualquier otro lugar donde la obediencia nos ponga. Si no somos contemplativos en todo lo que hacemos, no lo somos en absoluto, porque no puede fragmentarse la vida en compartimentos estancos. Ahora bien, convertir el trabajo en oración no significa sublimar la fatiga, ni cargar la fatiga de no se sabe qué dimensión expiatoria, sintiéndose víctima de una gran prueba, ni tampoco recitar jaculatorias, sino sencillamente trabajar en la presencia de Dios, trabajar bajo su mirada, entrar en la obra de Dios que construye el mundo también a través del granito de mi fatiga laboral. “*Y para que esto acontezca, -subraya Don Armando- el trabajo no tiene que ser un pasatiempo, sino algo que requiera nuestra responsabilidad y entrega. Porque sólo así participamos en la obra de Dios y vivimos en comunión con Él, justamente cuando el don de sí se hace responsable y la obediencia comunitaria y concreta*”. Un pensamiento muy claro que encontró un eco positivo en la asamblea capitular.

Hay una frase de Don Giussani que siempre me conmueve: “*Nuestra desorientación -religiosamente hablando- consiste en que no tenemos una percepción del cristianismo como una realidad presente en la experiencia actual. Lo que no está presente en la experiencia no existe: si existe, debe estar presente de algún modo. Incluso la estrella más lejana, aunque no la viésemos, por el hecho de existir reflejaría una luz en el orden actual de mi presente*”⁴.

Nuestro Abad General, Don Bernardo Olivera, más que subrayar la experiencia de la Presencia, sitúa claramente la experiencia monástica en clave sponsal: «*La experiencia -afirma- nos enseña que un celibato-virginidad consagrados en clave sponsal es cualitativamente diferente a otro motivado por la comunidad, el servicio, la misión... La experiencia sponsal permite una fidelidad práctica y concreta y, al mismo tiempo, trascendente... Se trata de una alianza sponsal con Alguien que puede llevarnos más allá de nuestro mismo compromiso... La espiritualidad mística sponsal no se refiere a “fenómenos místicos”, sino que es una posibilidad de nuestra naturaleza, creada a imagen y semejanza de Dios, potenciada por la gracia divina. Nuestra parte consiste en buscar asiduamente y ardentemente al Señor y en darle un “sí” incondicional y permanente. Esta búsqueda y este “sí” unen nuestra voluntad con la voluntad divina haciendo de los dos un solo espíritu*»⁵.

Es la misma óptica. Vivir constantemente bajo la mirada de Dios o vivir un “sí” incondicional y permanente a su Voluntad expresan la misma postura del monje. La actividad laboral del monje se inscribe en experiencia de sponsalidad con el Señor.

El lugar donde estos sponsales se realizan de una forma plena e intensa es ciertamente la casa de Nazaret; sponsales entre un carpintero que trabaja duramente y una mujer que acude a todos los menesteres de la casa, en un ámbito vital donde prevalece, en el amor, un niño, un adolescente, un joven que es Dios. La gran Presencia, por la cual todo se hace respiro contemplativo, adhesión enamorada, “sí” incondicional consumado en la obediencia a la voluntad del Padre. Decía Jean Vanier: “*Eso es la encarnación, esa revelación de que Dios está oculto en la realidad, en la realidad más sencilla y cotidiana, en la materia misma del mundo; que no está fuera de nuestro alcance, que no necesitamos buscarle en otro lugar alejado, en el cielo o en las estrellas o en un futuro muy lejano, sino que está muy cerca de nosotros, incluso cerca de nuestro mal y de nuestra heridas. Dios está presente en un eterno presente*”.

Nazaret es eso: materia que se llena de lo divino, carne que se hace morada de lo eterno, trabajo que se hace servicio amoroso, gozo de convivencia, responsabilidad frente al Altísimo, participación por la fe en la cósmica evolución de la humanidad y del mundo. «*Aquel que siendo Dios se hizo semejante a nosotros en todo, dedicó la mayor parte de los*

⁴ Luigi GIUSSANI, *Se puede vivir así*.

⁵ D. Bernardo OLIVERA, *Espiritualidad y mística sponsal*, Seminario de Salamanca.

años de su vida terrena al trabajo manual junto al banco del carpintero. Esta circunstancia constituye por sí sola el más elocuente “Evangelio del trabajo”»⁶.

Frente al trabajo hay distintas posturas. La primera es propia de quienes ven en el trabajo una condena. Tenemos que admitir que realmente hay un aspecto de condena en el Génesis cuando Adán y Eva fueron arrojados del Paraíso. Dios dice con claridad que hay una realidad de fatiga, de sacrificio y peso en el trabajo con el que Adán tendrá que ganarse el sustento. Sin embargo, no consiste en eso la esencia del trabajo: la dimensión dolorosa es sólo una condición inevitable. Hay una dimensión positiva que Juan Pablo II afirma con pasión: “*Con el sudor de tu rostro comerás el pan. Estas palabras se refieren a las fatigas, a veces pesadas, que acompañan al trabajo humano; pero no cambian el hecho de que éste es el camino por el que el hombre realiza el dominio que le es propio sobre el mundo visible, sometiendo la tierra*”⁷. «*El hombre debe someter la tierra, debe dominarla, porque como “imagen de Dios” es una persona, es decir, un ser subjetivo capaz de obrar de manera programada y racional, capaz de decidir acerca de sí y que tiende a realizarse a sí mismo*»⁸. Lastimosamente para muchos el trabajo es solamente la inevitable condena, a la que hay que dedicar las menos energías posibles. Conocemos bien la teoría del mínimo esfuerzo. Esta postura tiene grandes límites: el primero es el más grave, pues olvida que el trabajo es el camino a través del cual el hombre es llamado a expresarse y realizarse. De hecho el trabajo, como el amor, es una forma privilegiada de expresión para el hombre. El hombre normal, en su madurez vital, desea trabajar, desea construir y dejar algo de sí en la edificación del mundo. Es una madurez que empieza con la adolescencia y ya se vislumbra en la infancia si tenemos en cuenta la pasión con la que el niño juega, con la que vincula a las cosas a través de su creatividad y de su fantasía. El hombre, de hecho, nunca tiene sólo una relación especulativa con la realidad; siempre tiene una relación activa (*sinergia*)... Por tanto, negar al hombre el trabajo -como varias veces ha afirmado Juan Pablo II- es negar al hombre la posibilidad de ser él mismo. “*El trabajo es un bien del hombre -es un bien de la humanidad-, porque mediante el trabajo el hombre no sólo transforma la naturaleza adaptándola a las propias necesidades, sino que se realiza a sí mismo como hombre, es más, en cierto sentido se hace más hombre*”⁹. Dios ha creado un mundo incompleto y ha confiado al hombre que lo complete. Por eso el trabajo, aun hablando solamente de las estructuras humanas naturales, lleva al hombre, no sólo a la realización de sí mismo, sino a perfeccionar la realidad que lo rodea, y el universo entero.

Hay otra postura del hombre frente al trabajo, exactamente opuesta a la primera, propia del hombre que concibe el trabajo como forma exclusiva de su personalidad, y se deja dominar por la tensión del éxito, de su propia afirmación y ambición, a las que todo tiene que ser sacrificado. Me estoy refiriendo al activismo. También esta postura ofrece una visión parcial, deformada y deformante. Mientras la primera reducía al hombre al “*otium*” latino, esta segunda -la exaltación del “*negotium*”- se olvida de la verdadera raíz del trabajo y de la responsabilidad creativa del hombre. Ignora que el trabajo no es un fin en sí mismo, sino que guarda relación con el crecimiento y el destino último del hombre. El trabajo no es un bien que se afirma por sí mismo, sino un bien que tiene que ser constantemente recuperado en su verdad, en su significado, y liberado de su ambigüedad.

A veces trabajamos mucho para no enfrentarnos cara a cara con nuestra soledad, nuestras limitaciones o nuestra frustración. Es el mismo problema del activismo: se busca en el trabajo no la expresión de sí mismo, sino el olvido de sí. Revela aquella disociación de nuestra personalidad que está en el origen de la queja, de la búsqueda de descanso, de una ausencia de lo real, de una falta de compromiso.

⁶ *Laborem exercens* de JUAN PABLO II, 6

⁷ *Laborem exercens*, 9.

⁸ *Laborem exercens*, 6.

⁹ *Laborem exercens*, 9.

El siglo pasado, el siglo veinte, debía ser el siglo del trabajo según los profetas del marxismo y de la sociología. Se dio al trabajo una importancia que surgía de una justa raíz: la necesidad de reconstruir, desde el desastre de la guerra, la esperanza de un mundo nuevo. Sin embargo, este énfasis no obtuvo el resultado esperado porque no tenía raíces adecuadas.

Después vino el 68, que mató hombres en Europa y en todo el mundo, que destruyó el gusto y el sentido del trabajo, subrayó la anarquía como ausencia de vínculos y aniquiló, como consecuencia lógica, el sentido mismo de la paternidad y de la transmisión de una herencia humana. Donde no hay un padre, es decir, donde no hay nadie que conteste a una necesidad primordial, no hay tampoco gusto por el trabajo, por la responsabilidad que construye, nadie que empuje por aquel don de sí mismo que puede transmitir una herencia vital. Vivimos en una sociedad que ha madurado un progresivo desinterés hacia el trabajo y que desarrolla un activismo evasivo y disperso.

Está claro que estas dos posturas ante el trabajo no tienen posibilidad alguna de relacionarse con la oración.

Entramos, entonces, en una consideración nueva del trabajo, la que es propia del cristianismo y que genialmente san Benito expresa en una fórmula monástica totalmente innovadora: “*Ora et labora.*”

Benito sale de la contraposición entre “*otium et negotium*” y subraya otro tipo de relación no contrapuesta, sino profundamente relacionada: “*oratio et labor*”. El “*labor*” de Benito es lo que Jesús expresa en el Evangelio: entrar en la obra de Dios (“*Mi Padre siempre trabaja y yo también trabajo*”, *Jn 5,17*), y su relación tan directa y estrecha con la “*oratio*” indica claramente que el primero no funciona sin la segunda.

Rafael Mies, que no es un monje sino un experto en finanzas, afirma: “*En contraposición a una visión antitética entre la espiritualidad y el trabajo, san Benito nos propone una integración que llena los vacíos dejados por el instrumental analítico moderno - principalmente económico- que ha intentado explicar el gran proceso histórico de la evolución económica de occidente, dejando de lado los verdaderos motivadores que están detrás del progreso material de nuestra sociedad. La abstracción de la realidad espiritual del ser humano y su reemplazo por fenómenos meramente estacionarios reduce el campo de validez del trabajo*”.

Afirmar que la oración está en el origen del trabajo no es una afirmación piadosa, sino el camino que nos permite entrar en la obra de Dios que construye el mundo. Revela que el deber de ganarnos el pan que comemos no es una tarea puramente material y mecánica, sino algo que forma parte del misterio de la creación, de la finalidad misma de la creación, del plan de Dios: Dios crea el mundo para el sustento del hombre, para la transmisión de la vida y para el dominio de la tierra. Por eso el amor al trabajo, la aceptación de la fatiga del trabajo, junto - por supuesto- con el legítimo deseo del descanso y del silencio (*calma frente a la agitación*) revelan la **vitalidad** de la vida cristiana. No hay vida cristiana sin el ejercicio de una responsabilidad laboral, porque la inercia, el ocio, la abulia consentida contradicen el equilibrio cristiano de la vida. Ver personas que tienen como ideal de vida trabajar lo mínimo posible, que procuran de todas formas no cansarse, de autoprotegerse constantemente; personas que tienen miedo a la fatiga, que no sienten dentro de sí la pasión por el cumplimiento de los designios de Dios sobre el mundo, que no son movidas por el deseo de comprometerse en la obra de rescate del mundo para el Reino, es constatar una postura negativa que se ha hecho costumbre, una acedia que depaupera la dignidad humana, una dimensión del hombre totalmente nihilista.

El trabajo nace de nuestro amor a Cristo, es una parte de nuestra respuesta a Aquel que nos ha amado primero, que ha aceptado la muerte para salvarnos, que nos ha dado su espíritu. Por

eso la raíz del trabajo es la oración, no entendida como un alejamiento de la vida, de la responsabilidad, de la realidad, sino como el momento de luz que empapa todo el día y en el cual aparecen con claridad meridiana las responsabilidades y los servicios que nos han sido confiados. En realidad la oración profunda está siempre poblada de rostros, de cosas, de responsabilidades. Pensamos muy a menudo que se trata de distracciones y nos sentimos culpables: en realidad, adorar al Señor significa entrar en conexión con un horizonte universal, con la plenitud de la realidad, con el anhelo de toda la humanidad. Un diálogo lleno del amor y del dolor de toda la humanidad. No hablo de fantasías sentimentales o de evasiones provocadas, sino del abrazo universal que siempre conlleva la oración. Por eso la oración es el horizonte en el que se sitúa también nuestro trabajo. A veces, muchos de nuestros cansancios provienen de una falta de silencio orante, de una falta de ofrenda al Señor del trabajo que vivimos, del hecho de no vivir en estado de ofrenda, de una abstracción de lo concreto o de una superficialidad que no percibe a Cristo como presente en la realidad que estamos manejando. Nos dejamos dominar por una rutina insípida, por un rechazo interior que no respira más la plenitud del don de sí, sobre todo por una distracción de la Presencia. El gusto del trabajo nace de una pertenencia. Se trabaja porque pertenecemos a Alguien, porque pertenecemos a una familia, a una comunidad, porque somos todos llamados a construir una casa mejor, un mundo mejor para todos los que amamos, llamados a ensanchar el amor -como dice Benedicto XVI-, el corazón de la *familia humana*.

Es probable que hoy sólo en los monasterios se viva una educación en el trabajo. Juan Pablo II hablaba de la “*formación de una espiritualidad del trabajo, que ayude a todos los hombres a acercarse a través de él a Dios, Creador y Redentor, a participar en sus planes salvíficos respecto del hombre y del mundo y a profundizar en sus vidas la amistad con Cristo*”¹⁰.

El monasterio tiene dos armas potentes para educarnos en una profunda experiencia de la relación entre el *ora et labora* de la *Regla*. No se asombren de mi elección, que subraya dos valores que aparentemente no parecen estrechamente relacionados con el trabajo, pero que tienen su sentido al respeto: *el silencio y la vida común*.

La oración es el camino fundamental de nuestra filiación, pero la conciencia de ser hijos de Dios no puede mantenerse sin el silencio. El silencio es una forma de oración porque expresa la tensión por la percepción de la presencia de Dios en todo instante¹¹. En eso coincide con la memoria: el instante presente se llena con Aquel que nos salvó y nos salva a través de toda cosa, de toda situación, de toda actividad; un silencio que nos salva de la invasión misma del ruido y de lo mundano. Hacer silencio es mucho más que no hablar; significa más bien aceptar que el gesto que cumplimos está penetrado por Cristo y que cada instante, quizá aparentemente muy banal, es un paso hacia lo infinito ya lo eterno. El silencio es el instante verdadero, porque está habitado por el Otro y no únicamente por nosotros mismos.

La ausencia de silencio da al día y al trabajo que vivimos un tipo de desorden donde todo parece moverse por casualidad. Y termina cansándonos y vaciándonos.

¿Qué es lo que se opone al silencio?

Don Camisasca dice que, ante de todo, lo que se opone es una *mirada política* que reduce todo a cálculo y no penetra la verdad ni de lo que hacemos, ni de las personas con quienes trabajamos, ni de lo que se mueve alrededor de nuestra actividad. Una forma de desinterés y olvido por todo lo que no puede ser calculado en términos de utilidad. San Benito habla del *olvido* casi con espanto y afirma que del *olvido* al *desprecio* sólo hay un breve paso. (“*Mantener siempre ante los ojos el temor de Dios y evitar a toda costa echarlo en olvido*”, *RB* 7,10). La *mirada política* es, en el fondo, la afirmación de nuestros criterios, de nuestros

¹⁰ *Laborem exercens*, 24.

¹¹ Massimo CAMISASCA, *Terra e cielo*, ed. Cantagalli.

proyectos. Siempre se puede proponer una idea o un proyecto, pero nunca condicionar la colaboración en el trabajo a nuestros cálculos.

Cierto que hay un silencio que aísla y establece barreras y un silencio que supone la atención del corazón, que es apertura, oración. De este silencio amante nace la colaboración, la compenetración, la misma creatividad, la responsabilidad que supera el cálculo y establece relaciones constructivas con todo y con todos.

También se opone al silencio toda forma de *retraimiento*, el dejarnos aplastar por el cansancio, la desilusión, la fatiga, la humillación. No resulta fácil, por descontado, la aceptación de servir, de depender, de movernos sobre indicaciones que no nos convencen o que no coinciden con nuestros criterios, o ver que nuestro trabajo no es valorado. La tentación es cerrarnos, asumir una actitud de defensa o pasividad y, quizás, entrar incluso en formas sentimentales de oración a nivel de rincónitos consoladores. Pero la oración no sirve como refugio en las dificultades de la vida: la oración es adentrarse en el movimiento de Dios y, en su relación con el trabajo; es justamente dar al gesto de nuestro servicio una dimensión positiva, comunicativa, abierta. En realidad quien se repliega sobre sí mismo no vive ningún silencio, solo vive un diálogo patológico consigo mismo, poblado del mucho ruido de su sensibilidad distorsionada.

Hay una tercera forma de oposición al verdadero silencio que es el *individualismo*, del que ya hablamos, y que es típico de las personas que se pertenecen sólo a sí mismas, que no se fían de nadie, que no arriesgan una amistad, que no se identifican con la comunidad. Un silencio que parece más bien una sordera, una cerrazón del alma, más que una ausencia de palabra: es el pesado silencio de una falta de apertura y de comunicación, una forma de mirada negativa que levanta barreras. Es evidente que este tipo de silencio nunca captará la Presencia que nos hace abrazar el trabajo como ofrenda.

Y se opone también al silencio la atención exclusiva y absorbente a su propia responsabilidad, a su propia actividad, a su propio empleo fuera del cual nada existe y nada merece atención. Normalmente quien vive esta experiencia no tiene tiempo para nadie y para nada que no sea el pequeño mundo de su actividad laboral. Es una forma de materialismo, el disfraz de un miedo, la pretensión de obtener consideración particular sobre su prestación laboral.

Es evidente que el verdadero silencio es la atención del corazón que reconoce la presencia del Señor en todo lo que acontece. Por eso el silencio es un componente esencial en la relación entre trabajo y oración, una dimensión necesaria para que también el trabajo forme parte de la experiencia contemplativa de nuestra vida.

La que yo llamo *segunda arma* es la vida común, la vida fraterna.

No se puede trabajar unidos si no se reconoce el trabajo hecho por otro, si no se valora el trabajo del hermano, incluso del hermano menos capaz, menos hábil, menos útil; si no se colabora con todos y si no se respetan las exigencias y necesidades de todos. El trabajo es fecundo si es expresión de comunión; y si lo es, pertenece a la dimensión de la oración, de la unión con el Señor, que es amor.

Cada uno de nosotros necesita del trabajo de muchos. Dependemos del trabajo de muchos: nadie puede pensarse aislado frente a su supervivencia. La vida común es la gracia peculiar que nosotros, monjes, tenemos para desarrollar una capacidad de colaboración, una fuerza de fecunda convivencia, en la que el trabajo supera todo límite exclusivista y se abre -diría san Elredo- a la amistad.

Todos conocemos la visión comunitaria de los Padres cistercienses y su pasión por la concordia y la unión comunitaria. Puede ser que san Elredo sea uno de los Padres que va más

lejos en su deseo de promover entre sus hijos monjes un clima de profunda y verdadera amistad. Basta con citar un pequeño trozo de su famoso tratado “*De la amistad*” para comprender la importancia de su enseñanza: «*La amistad es la gloria de los ricos, la patria de los desterrados, la riqueza de los pobres, la medicina de los enfermos, la vida de los muertos, la gracia de los sanos, la fuerza de los débiles y el premio de los fuertes... Hay algo que supera todo lo dicho, y es esto: la perfección consiste en el amor y conocimiento de Dios, y la amistad está junto a ella como un escalón. De modo que el hombre, de amigo del hombre sube a ser amigo de Dios, según aquello del Salvador en su Evangelio: Ya no los llamo siervos, sino amigos*».

La gran escuela comunitaria nos proporciona la posibilidad de vivir el trabajo como amistad. Más profundamente: no podemos reducir la persona a individuo. El hombre no pertenece a ninguna serie sino a una absoluta originalidad y singularidad. Del mismo modo no se puede reducir a *formalismo* la relación con los demás porque eso significa no poder acoger el otro en su profunda originalidad, como aquel que abre mi yo a su verdad y a su cumplimento. Claro que el otro significa *diferencia*. El encuentro con el otro -afirma el Cardenal Scola- es siempre un abrazo y un choque. Si el otro se queda “*otro*”, tengo que enfrentarme con la *alteridad* y eso implica sacrificio, tengo que sacrificar algo de mí si quiero acceder a la verdad del otro, que me revela la verdad de mí mismo. La persona es comunión porque es imagen de Dios, uno y trino, por eso mi yo siempre se cumple en un tú: el “*tú*” infinito y eterno de Dios y el “*tú*” limitado, pero irreductible, del otro, de mi hermano. Eso siempre va con el dolor, porque el dolor es una dimensión inalienable de la vida, y el sacrificio la única verdadera posibilidad de encuentro positivo con la alteridad. Sin dolor no se vive, sin dolor no se crece, sin dolor no nos relacionamos. Von Balthasar afirma que existen tres grandes polaridades constitutivas de la experiencia humana: el cuerpo, el alma y la comunidad. Y Benedicto XVI habla constantemente de la *familia humana*, de la humanidad que es una *familia*, y afirma que el bautismo nos inserta en una compañía de amigos que nos acompaña hasta la muerte...

El hombre se completa a sí mismo donándose, sacrificándose: “*En verdad les digo: si el grano de trigo que cae en la tierra y no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto. El que ama su vida la destruye, y el que desprecia su vida en este mundo la conserva para la vida eterna*” (Jn 12,24). Muy intenso y conmovedor el trozo de Paul Claudel en el *Anuncio a María* cuando Ana Vercors, delante del cadáver de su hija Violaine, dice: “*¿Pero el fin de la vida es vivir? ¿Pero los hijos de Dios se quedarán con pies firmes sobre esta tierra miserable? No vivir, sino morir y dar con alegría lo que tenemos. ¡Aquí está el gozo, la libertad, la gracia, la eterna juventud! ¿Qué vale el mundo respeto de la vida? ¿Y qué vale la vida sino por ser donada? La existencia humana es un consumirse por algo, por alguien....*”. Hay una oración de Tomas Merton que toca esta misma realidad: “*Dios mío, sólo a ti puedo hablar... no puedo explicar a nadie la angustia que es tu gozo, ni la pérdida que es la posesión de ti, ni la distancia de todas las cosas que es la llegada en ti, ni la muerte que es el nacer en ti*”¹². Entrar en el misterio, entrar en el amor siempre conlleva esta pérdida que es la verdadera posesión. La grandeza del hombre es la de ser don, pues que ha sido creado a semejanza de Dios, don eterno de amor que crea y salva, por eso su consumación está en el ser don. La ley de la existencia es amor, dono de sí; la felicidad se alcanza a través el sacrificio de sí.

La comunidad es la gran escuela en la que se opera la victoria sobre el egoísmo y la ambición que heredamos del pecado original y donde la vida se hace don, fraternidad, reciprocidad, familia.

En esta gran escuela, el trabajo, vivido como servicio en estado de ofrenda, de gratuidad, de alegría, libera el hombre de sí mismo, de su límite egocéntrico, de su encierro ambicioso y lo lleva a los espacios abiertos de la humildad evangélica. La vida común puede, de veras,

¹² Thomas MERTON, *Dialoghi con il silenzio*, San Paolo.

transformar el trabajo en oración viva, en alabanza plena, en la libertad de la cual gozan los humildes que sirven. De nuevo Tomas Merton nos dice: “Señor, qué alegres y felices tienen que ser los humildes, aquellos que no encuentran en sí mismos nada digno de importancia. No les interesa atraer la atención sobre sí. No perciben en sí virtud alguna, ni les aplasta el pecado. Sólo ven su insignificante debilidad, su propia nada, una nada obscuramente llena de tu amor, Dios mío. Son los pobres de espíritu que ya poseen el reino de los cielos. En ellos resplandece la luz de Dios, y ellos mismos y los que la ven, sólo te rinden gloria a ti, Señor”¹³

Oración y humildad, servicio y amistad: el trabajo adquiere aquí su configuración definitiva con aquel que llamaban *el hijo del carpintero*...

Quiero terminar citando un autor considerado como uno de los mejores expertos en campo del psicoanálisis moderno -Valerio Albisetti- como para considerar que también las ciencias de lo profundo humano no están lejos de nuestra experiencia: “La oración y la acción no son antitéticas, todo lo contrario, la una toma fuerza de la otra. La oración hace que la acción sea más intensa, más dinámica, más realista, más potente. Diría que la acción no adquiere energía en su intensidad y en su extensión si no deriva de la oración y no se inscribe en ella... quien ora sabe ver con claridad la esencia de las cosas que lo rodean... la oración le da al hombre el coraje de la acción. Es la oración que posibilita la grandes empresas, la que permite enfrentar con temeridad y creatividad situaciones difíciles o nueva (¡los santos!)... la justa proporción entre oración y acción permite mirar la propia existencia desde afuera, aún permaneciendo inmersos en la actividad de todos los días... siempre volver a la oración si el hombre quiere que su misma acción no lo sumerja y si quiere darle un sentido, un significado”¹⁴.

El pensamiento de los Padres

No soy una experta en Patrística, tampoco en san Bernardo cuya obra sobre el pensamiento espiritual, filosófico y místico es de una amplitud extraordinaria. En los distintos textos en que Bernardo habla del trabajo me interesó particularmente la originalidad de una sentencia en la que Bernardo no trata del trabajo en el sentido simple de nuestra experiencia laboral, sino que expone una filosofía del trabajo que revela una intuición psicológica interesante y aguda. Mi interpretación es muy personal: no pretendo elaborar una exégesis competente. Además, esta sentencia abarca la amplitud de un tratado. Y Bernardo habla un poco de... todo

Todo tiene su origen en aquella frase de la *Regla* que llegó a ser casi un lema de la vida monástica: “*Son verdaderos monjes cuando viven del trabajo de sus propias manos como nuestros Padres y los apóstoles*” (RB 48). Bernardo, como también los Padres Cistercienses, asumen el lema con mucha concreción y fidelidad, pero lo desarrollan a su manera. Bernardo añade la originalidad de su fantasía.

Bernardo habla de tres géneros de trabajo: *el trabajo carnal, el trabajo de la compunción, el trabajo de la caridad*¹⁵. De inmediato esta clasificación parece más filosófico-espiritual que práctica; sin embargo, se refleja muy concretamente en la vida diaria de los monjes para los cuales está pensada. Intentamos comprender muy pobremente lo que Bernardo nos dice de estas tres formas de trabajo.

El trabajo carnal -afirma el abad de Claraval- es duro, agotador, agobiante. De hecho el Señor -dice Bernardo- llama y consuela con ternura a los que trabajan penosamente: *Acérquense a mí todos los que trabajan y están agobiados y yo los aliviaré* (Mt 11). Todos tenemos que

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ Valerio ALBISETTI, *Curarse con la meditación cristiana*, Eds. Paulinas.

¹⁵ Sentencia 120 de la Tercera serie.

trabajar, como se lo dijo Dios a Adán al ser este expulsado del paraíso: “*con el sudor de tu frente comerás el pan*”. Pero el Señor mira con compasión a los que están agobiados por conseguir su necesario sustento, y, más aún, si lo que los agobia es la obediencia y el servicio de los hermanos: para ellos esta promesa de un alivio que consuela y renueva las fuerzas: “*Vengan a mí...*”. Es una expresión de gran humanidad, de un amor preferencial, de un consuelo que se desborda hasta la eternidad y que Bernardo pone al comienzo de su sentencia como a manifestación de su comprensión paterna por la fatiga laboral de sus monjes.

Sin embargo, para Bernardo el trabajo carnal mantiene su aspecto *punitivo* como aparece en *Génesis* 3,24. Pero el aspecto punitivo que Bernardo subraya no es tanto el sudor de la frente y el agotamiento físico, cuanto el centrarse en la carnalidad de la existencia, en buscar la satisfacción en los resultados materiales, en desarrollar la ambición de su propia afirmación. La punición está en esta visión restrictiva y egoísta del trabajo. De esos trabajadores Bernardo afirma que ya recibirán en esta vida la recompensa de sus sudores, pero no en la vida eterna. *Dios los entregará a la bajeza de sus deseos con la consiguiente degradación de sus propios cuerpos*. Bernardo reduce entonces la carnalidad del trabajo, no tanto a una materialidad o a la humildad del servicio que la vida nos pide, sino a algo mucho más profundo: la ambición que altera la dinámica fecunda de la actividad laboral humana, la pasión por los resultados tangibles, la satisfacción por el éxito que complace nuestro amor propio y nos sitúa por encima de los demás. Esto es, para Bernardo, lo verdaderamente carnal.

“En cada trabajo hay una cruz -afirma-, el trabajo carnal supone la cruz de la pena, porque aquí y en el futuro es punitivo. Todo trabajo supone una muerte, pero la muerte del trabajo carnal es funesta, porque quien se declara amigo del mundo es enemigo de Dios”.

Todos conocemos la humillación de un trabajo vulgar o pesado, y manifestamos abiertamente nuestro deseo de recibir confianza, aprobación, promoción. Nadie está exento de la tensión ambiciosa de su propia afirmación, pero nadie piensa que la materialidad, mejor la carnalidad de nuestro servicio no está en el lavar platos, o pelar patatas, sino en la modalidad de nuestra actuación, que puede ser siempre dominada por una ambición, un cierto perfeccionismo, una búsqueda de apariencia o de aprobación y, por fin, manifestar el rechazo interior del corazón por el desaparecer en una gratuidad que sirve con sencillez y alegría sin búsqueda de compensación.

Bernardo es un maestro muy agudo y llama a todo por su nombre eliminando toda ilusión aleatoria y clavándonos a la verdad de una conciencia iluminada por la gracia. Los trabajadores *carneles* “*sienten el agobio como los que se someten al diablo, cuyo yugo es insufrible y su carga insoportable*”. El diablo está presente en la carnalidad de una ambición mundana. Bernardo es categórico. Y en la carnalidad están también el cansancio, el agotamiento, la pereza, el deseo de evasión. Claro, hay cansancios legítimos, pero aquí Bernardo se refiere a la antigua tradición evagriana de la “*acedia*”.

El trabajo de la compunción. Bernardo define curiosamente esta forma de trabajar como *trabajo afectuoso*: los que trabajan con un corazón compungido, es decir humilde “*trabajan y no sienten agobio, porque el yugo del Señor es suave y su carga ligera*”. El trabajo se hace respuesta *afectuosa* a un amor que viene primero, a un sacrificio total que precede a todo sufrimiento nuestro.

¿De dónde viene -según Bernardo- este “*afectus*”, este amor por servir, por trabajar humildemente, y a veces también penosamente, pero con un corazón lleno de dulzura, con un corazón afectuoso?

El análisis de Bernardo sorprende. El *afectus* nace, ante de todo, de la conciencia del propio pecado, conciencia de la que nace aquel arrepentimiento constitutivo del hombre que encontramos en el grado duodécimo del séptimo capítulo de la regla: “*Que el monje no sólo*

*posea la humildad en su corazón, sino que también la manifieste siempre...con la cabeza baja, los ojos fijos en el suelo, creyéndose en todo momento reo de sus pecados...*¹⁶. De este arrepentimiento, que se ha hecho modalidad de vida, costumbre serena y profunda, según Bernardo, nace el “afecto”. No me detengo en el análisis de la palabra “*afectus*”, que en el lenguaje medieval de los Padres adquiere una gran amplitud de significados, sino que la uso en su expresión más sencilla: la “afección del corazón”. Afecto, entonces, por el trabajo que la obediencia pide; afecto por las personas con quienes se colabora y se comparte la fatiga; afecto por la realidad que estamos contemplando y viviendo: sólo si el hombre trabaja porque ama algo y a alguien, el trabajo se hace esfuerzo positivo y aceptable. Por último, el afecto produce también resultados seguros porque el amor siempre construye. «*El mando del amor - dice Benedicto XVI- es posible porque no es sólo una exigencia: el amor puede ser mandado porque antes ha sido donado*».

Cierto, el trabajo de compunción no excluye la cruz pero ambas, cruz y compunción -dice Bernardo- se complementan. “*Es poniendo la mirada en el costado traspasado de Cristo -del cual nos habla Juan (1 Jn 4,8)-... donde puede contemplarse esta verdad: Dios es amor*” (DCE,12). Y si Dios es amor el yugo del trabajo se hace liviano y aceptable.

Bernardo continúa su reflexión con la imagen del ladrón empedernido que cuelga de la cruz en él cual ve reflejada la carnalidad de la vida y la carnalidad del trabajo, mientras que en la segunda cruz donde el ladrón confiesa sus crímenes y recibe el perdón, Bernardo ve el trabajo de la compunción y lo liviano que se hace el trabajo en la experiencia del perdón recibido que es suprema manifestación del amor de Dios. La dimensión de la compunción es siempre -para Bernardo- fuerza de reconciliación, experiencia del perdón.

Claro, no parece que este “*trabajo de la compunción*” se refiera mucho a lo concreto de nuestro servicio laboral, de la concreta fatiga de nuestro servicio y, sin embargo, hay una actitud fundamental del corazón arrepentido que vive la necesidad del perdón y del amor, que da a nuestro trabajo cotidiano una dimensión de libertad, de humildad, de la alegría de ser “*siervos*”, que vale la pena subrayar: «*Servir nos hace humildes -dice Benedicto XVI- quien sirve no asume una posición de superioridad frente al otro... Cristo ha tomado para sí el último puesto en el mundo -la cruz- y justamente por esta humildad radical nos ha redimido y constantemente nos ayuda... Cuanto más uno (sirve) tanto más comprenderá y hará suya la palabra de Cristo: “Somos siervos inútiles”, pues reconoce que actúa no sobre una base de superioridad y de eficiencia, sino porque el Señor le concede el don de servir*» (DCE, 35) Bernardo añadiría que nuestro servir en la compunción es fuente de alegría y de afección (*afectus*) universal.

Bernardo subraya esta actitud humilde de quien trabaja con corazón pobre y sabe que se puede equivocar, de quien actúa y sabe que puede fallar, y la subraya con palabras muy intensas: *Acusándote subirá allí de donde caíste por excusarte. Mientras Dios se acerca y el hombre se acusa, la misericordia de Dios que se aproxima y la verdad del hombre – si es sincera - se encuentran mutuamente*. Hay un abrazo vital entre compunción y misericordia.

En el trabajo de la compunción Bernardo ve, además, la necesidad de tres esfuerzos necesarios para luchar contra *las tinieblas, la amargura, la perturbación*. La tiniebla ahuyenta el sano gusto por el trabajo, la amargura bloquea la acción, la perturbación crea confusión. Se revela aquí toda la finura psicológica de Bernardo. Bernardo se refiere al libro de Job (*Jb 2,5*): “*Que la tiniebla se pose sobre él... que lo envuelva la amargura... que se apodere de esta noche oscura la confusión*”. Como siempre, la fantasía de Bernardo, se desplaza en las Escrituras, y se mueve con total libertad para dar cuerpo a la compunción de la cual puede brotar el “*afectus*”. Lógicamente Bernardo identifica las tinieblas con el pecado que oscurece el sentido y perturba. La lucha contra la amargura necesita las lágrimas del arrepentimiento

¹⁶ RB 7,62.

que purifiquen y liberen el hombre de lo que bloquea el don de sí en el servicio laboral. La lucha contra la perturbación necesita un anclaje sólido en la fe para aguantar la tempestad. Bernardo describe la perturbación que provoca el pecado como el viento impetuoso del que dice David: “*Como viento intenso que destroza las naves de Tarsis*” (Sal 47 [48],8). Un viento que mueve al hombre en la búsqueda de placer; mientras que las *naves* son los hombres que fluctúan en la vorágine del mundo. Pero existe también el fuerte viento de la penitencia que azota a los pecadores para que una acendrada penitencia venza la fluctuación en la vorágine mundana y los rescate del abismo. Y están las lágrimas de la amargura compungida para liberar el cuerpo de su oscuridad, de su aflicción y de su impotencia.

Una visión un poco apocalíptica, que deja demasiado lejos de la sencilla compunción que engendra el afecto, de la que hemos hablado, y que nos ayudaba a desarrollar la costumbre de trabajar con amor y serenidad. Sin embargo, es verdad -y todos lo experimentamos- que cuando el corazón no se adhiere a lo que la obediencia pide, termina por ser habitado por la tiniebla, la amargura, la confusión. Las famosas... calidades de la *acedia* que son muy conocidas por nuestros Padres del desierto, sobre todo por Evagrio Pónico. El Padre General, Don Bernardo Olivera, describe perfectamente la *acedia* en su carta del 26 de enero 2007: “*Las principales manifestaciones del «demonio meridiano» de la acedia son: inestabilidad interior y necesidad de cambio (vagabundeo de pensamiento y de geografía); cuidado excesivo de la propia salud; aversión al trabajo manual (ociosidad y pereza); activismo descontrolado (bajo capa de caridad); negligencia de las prácticas monásticas; desaliento exagerado (pórtico a la depresión)*”. Otro lenguaje para hablar de la misma realidad que Bernardo define como tiniebla, amargura, confusión.

Podemos pasar ahora a lo que Bernardo define como el **trabajo del amor**. Bernardo afirma que el *esfuerzo de la caridad es efectivo porque lleva a cabo lo que sugiere la compunción*. ¿Qué significa? Bernardo lo define también como “*remunerante*”. Y cita el Salmo 127 (128): *Será dichoso, te irá bien*. Y continúa: «*El trabajo de la caridad reclama la cruz de la gloria, porque el que ama a Dios crucifica sus bajos instintos con sus pasiones y deseos. Esta crucifixión termina en una glorificación. Por eso dice Pablo: “Dios me libre de gloriarme más que en la cruz”*». Y distingue entre la cruz del trabajo carnal que es pesada y exigente, la cruz de la compunción que es purificadora, y la cruz del amor que es libre, voluntaria, amante: *Te ofreceré un sacrificio voluntario* (Sal 53 [54],8). Igualmente distingue entre la muerte funesta del trabajo carnal, la muerte mortificante del trabajo de la compunción y la muerte gloriosa del trabajo del amor. En la misma comparación con los ladrones crucificados con Jesús, citada anteriormente, Bernardo ve la condena del primero, el perdón del segundo, la promesa de la gloria que sigue el perdón: *Tú estarás hoy conmigo en el Paraíso* (Lc 23,43).

Es evidente que el trabajo del amor, o para quien trabaja con amor, hay una recompensa casi inmediata que ensancha el corazón: el que trabaja con amor encuentra su remuneración en el mismo amor con que actúa, la cruz es para él fuente de gloria y ya la promesa del Paraíso se acerca a su experiencia con evidencia segura. Lo que caracteriza el amor es la libertad que da a nuestro servicio una dimensión de voluntariedad generosa, sin cálculos, desprendida. “*Entonces -dice Benedicto XVI- aprendo a mirar (las cosas) y a la otra persona no ya sólo con mis ojos y mis sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo. Su amigo es mi amigo*” (DCE 18).

Curiosamente Bernardo hace una afirmación determinante: “*Una exigencia de la caridad es amarse a sí mismo, otra amar al próximo, otra amar a Dios*”. Benedicto XVI diría que no separa el *eros* del *ágape*. Bernardo parece indicar que el camino de maduración del amor empieza con “*Compadécete de tu alma*”, “*pues el que descuida de sí mismo, ¿cómo amará el otro?*”. El segundo paso es el amor del próximo que Bernardo prefiere llamar como “*preocupación de los demás*”: parece escuchar el reciente documento vaticano “*Caminar desde Cristo*”: «*Espiritualidad de comunión significa capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo Místico y, por tanto, como “uno que me pertenece”*». Palabras

distintas para definir la misma *preocupación del otro* que pide Bernardo. Y el amor de Dios perfecciona, sea el amor de sí con la purificación, sea el amor del otro con la compasión y sea el mismo amor de Dios con la piedad. *“Amarse a sí mismo lleva la recompensa del perdón; amar al prójimo, la de la gracia; amar a Dios, la de la gloria”*.

Todo esto nos lleva lejos de nuestro tema fundamental, “el trabajo”; sin embargo, incluso dentro la fatiga de la cotidianidad, existe siempre el mismo camino por recorrer: el camino que pasa de lo carnal, de la búsqueda de afirmación y apariencia, al camino de la humildad, de la compunción, para llegar al camino del amor que introduce en la libertad y en la gloria de la verdadera devoción.

“El camino de la justificación (rigor que provoca el temor) lleva al jardín. Después el camino de los mandamientos (compunción obediencia) penetra en la bodega. Finalmente el camino de la verdad (amor) lleva hasta la alcoba del rey. Este camino es admirable; primero es amargo, luego dulce (affectus) y finalmente devoto”.

Una filosofía del trabajo aguda y actual, que nos llega, fresca, de fuentes nueve veces centenarias. El hombre no renuncia a sus fuentes aunque cambie la realidad social y cultural en la que hoy se mueve.

Otras reflexiones interesantes podrían venirnos de san Elredo, monje inglés que entra en Rieval (Inglaterra) en 1134, veinte años después que Bernardo había entrado en Claraval, y que será abad de Rieval en 1147 después de una larga experiencia de Padre Maestro. De él Padre Eduardo Gowland dice que *“su amor constante por el hombre, su método pedagógico, su rica experiencia de Dios lo acercan llamativamente a la problemática de nuestro tiempo”*.

También él tiene su filosofía de trabajo, más pastoral, puede ser, de la de san Bernardo, pero igualmente aguda e interesante. En los *Sermones de los Santos*, hay un *Sermón para la Asunción de la Virgen María*, en el cual Elredo compara María a la “mujer fuerte” según *Proverbios* 31,11, que trabaja la lana y el lino, que no se entrega al ocio y da una interpretación espiritual a su trabajo. Ella -dice- cubre con el lino de la justicia la desnudez de nuestra vergüenza y con lana el frío de la eterna condenación. El trabajo de la mujer fuerte adquiere de inmediato una connotación mística y claramente insertada en el misterio de la redención y muy propia de la maternidad de María. Elredo se detiene sucesivamente en describir todas las calidades de las vestiduras (de pelo, de lana, de lino y de púrpura) pero llega a algunas conclusiones pastorales sobre el trabajo, desarrollando los conceptos de vida activa y contemplativa, con una referencia a Marta y María en *Lucas* 10,42.

«Nadie se engañe, hermanos mío. Se engañan totalmente... e intentan engañar a otro... los que están ociosos y llenos de desidia, y puesto que no hacen nada, andan curioseando y cubren su misma ociosidad y curiosidad con el velo de la contemplación diciendo: ¿para qué trabajar? ¿Qué hay de ganancia ya en el golpear un tronco con el hacha o ya el peñasco con el martillo? María ha escogido la mejor parte. A éstos les arguye directamente San Pablo escribiendo a los Tesalonicenses: “Oímos decir que algunos de vosotros andan desordenadamente, sin trabajar en nada, sino metiéndose en todo. Pues a éstos tales recomendamos, en nombre del Señor Jesucristo, que trabajen con sosiego para comer su propio pan”».

Se evidencia la enseñanza de la *Regla*: *“La ociosidad es enemiga del alma”*, afirma san Benito en apertura del capítulo 48. Hay en Benito un verdadero miedo del ocio en el cual se infiltran pensamientos malos y se produce inercia espiritual y búsqueda de evasión. Ya San Basilio criticaba y combatía ásperamente los mesalianos y los gnósticos que condenaban el trabajo como actividad indigna de las personas espirituales; y el mismo san Agustín los llama *“parásitos de la sociedad”*. Elredo se inserta en la tradición del Císter y de todo el antiguo monacato, empezando por los anacoretas del desierto, pero tiene su nota particular que refiere

la ociosidad a la *curiosidad* y a la *mentira*. El que no trabaja se dispersa. Bernardo también pone la *curiosidad* en los vicios capitales, inmediatamente después de la negligencia y la define *una fosa* en la cual el curioso cae hondamente: «*Cuando el alma pierde el gusto de vivir consigo misma, se atrofia por el descuido de sí, y cualquier cosa aviva su curiosidad. El que se aleja de su interior, se dispersa por el exterior... Pero la Escritura grita: «La muerte penetró por las ventanas (Jr 9,21)»*»¹⁷. Elredo asocia la curiosidad al ocio y sobre todo la asocia a la mentira *cubren su ociosidad y curiosidad con el velo de la contemplación*. Es evidente que la verdadera contemplación penetra el alma de la gran Presencia, la entrega a la obediencia, la llena de la sabiduría del amor: “*Quien me diera, buen Jesús, seguir constantemente tus pasos y correr en pos de ti, de suerte que algún día te alcance*”¹⁸. Hay una dinámica enamorada en la contemplación que nada tiene que ver con la ociosidad. También en su tratado de “*Vida reclusa*” en la cual Elredo ordena cuidadosamente el ritmo, el horario, el programa de vida de quien se dedica totalmente a la contemplación en la vida solitaria comenta duramente la ociosidad que “*efectivamente fomenta la lujuria, provoca las divagaciones, alimenta los vicios, causa la acedia, engendra la tristeza... el hastío a la soledad, y hace la celda insoportable*”.

Al lado de Elredo también Isaac de la Estrella llama “*provocador que esconde una gran provocación diabólica*” quien critica la forma del duro trabajo de los monjes cisterciense definiéndola una actividad no apta, no digna para hombres dedicados a la contemplación. Curiosamente Isaac afirma que lo que altera la positividad del trabajo es la falta de silencio, de obediencia, de colaboración, de equilibrio. La falta de silencio distrae, dispersa, nos hace equivocar. Isaac usa términos latinos peculiares: *vaniloquium, stultiloquium, turpiloquium*. Isaac ve en la palabra fácil y superficial la primera tentación para evadirse del trabajo, así como Eva se evadió escuchando la palabra tentadora de la serpiente: “*El movimiento del alma se nos se derrama afuera, queda como una llama escondida, que se concentra al interior del hombre y calienta su corazón*”. Quien custodia el silencio trabajando, custodia la llama interior de su contemplación y trabaja con suma concentración, atención y eficacia. El tentador -continúa Isaac- hace otra objeción: *¿Por qué trabajar en la obediencia?* El diablo empieza siempre con discutir. Antes del pecado original a Adán y a Eva les parecía normal obedecer al Creador. Después del pecado empiezan a discutir, lo que, para Isaac, ya es expresión de desobediencia. Isaac contesta al “provocador” que el monje trabaja en la obediencia porque quiere vivir la imitación de Cristo, obediente hasta la muerte. El “provocador” continúa: “*¿Por qué no trabajan aislados, cada uno por su cuenta, moviéndose a su antojo?*” Isaac contesta: “*Porque necesitamos ayudarnos los unos a los otros y porque trabajar juntos, en la concordia, es un bien y un gozo*”. Aquí encontramos en Isaac no sólo la valoración del trabajo común, sino el valor de la colaboración considerado como fuerza positiva no solo para producir mejor, sino para vencer el Mal.

La última tentación se refiere al activismo, al afán de producir: “*Aquel que trabaja mucho, que produce mucho, que se enriquece para comer sin medida, trabaja sólo para su vientre, y la saciedad del vientre, no sirve para nada*”. Producir demasiado en detrimento de la finalidad primaria de la vida monástica que es la contemplación; salir demasiado para negociar, traficar, vender... no conviene al monje. Isaac condena duramente el activismo pero condena también el mendigar para ahorrarnos la fatiga del trabajo o la experiencia de la pobreza. Se trabaja con responsabilidad para el sustento de la comunidad y la ayuda a los pobres y para edificar el monasterio como lugar de la gloria de Dios.

El equilibrio benedictino plasma la teología del trabajo sea de Isaac así como la doctrina espiritual de todos nuestros Padres.

¹⁷ SAN BERNARDO, *Sentencia* 98, Tercera serie.

¹⁸ ELREDO DE RIEVAL, *Cuando Jesús tenía doce años*, 2.

Ésta rápida memoria de algunos Padres nos sirva para situarnos en la misma visión teológica que plasmó su santidad.

La formación a la responsabilidad – La tentación del poder

Hablar del trabajo, hablar de servicio pone de inmediato un doble problema: lo de una formación al ejercicio de la responsabilidad para vivir la tarea que se nos confía con fidelidad e empeño y la tentación del “poder” que siempre está al acecho de quien emprende una actuación responsable en la vida.

El uso auténtico de la responsabilidad exige por lo menos tres calidades imprescindibles: *identidad, pertenencia y libertad*.

La psicología nos dice “*que la conducta responsable revela la identidad de una persona y la capacita para enfrentar la vida con sus problemas, sus dificultades, sus cambios y modificar su entorno. La conducta irresponsable, por lo general, viene acompañada de apatía. La apatía perjudica a la persona y a la sociedad y se manifiesta en pasividad, y en una serie de creencias plenas de fatalismo antes los acontecimientos inevitables o incontrolables y normalmente se rige por “reglas personales” que se relacionan más a su percepción subjetiva que a la objetividad de la realidad*”¹⁹.

Apatía y fatalismo -según la psicología- parecen ser las connotaciones de la irresponsabilidad; mientras que identidad y coraje revelan el nivel de responsabilidad de la persona.

A su vez, Amadeo Cencini, notable psicólogo contemporáneo, dedica un párrafo de su estudio sobre “*Las vocaciones para una vida consagrada renovada*” justamente al tema de “*identidad y pertenencia*” y considera ambos valores como condiciones indispensables para vivir una fraternidad responsable. “*El sentido de pertenencia - afirma – nace del sentido de identidad. En efecto, el hombre ha de pertenecer a alguien y a algo, hace parte de su identidad ontológica, el hombre está hecho para entregar su vida y su corazón, su llamada y su futuro en las manos de otro; será él que elegirá a quien, pero no podrá evitar de hacerlo. Y así la pertenencia desarrolla la identidad y madura la capacidad de relación. El sentido de pertenencia, se manifiesta por disposiciones interiores precisas: confianza en el otro, en la realidad y en la vida; libertad para querer sin restricciones demasiado humanas (simpatía o antipatía) las personas que Dios me ha puesto a lado, libertad para abandonarse y depender y salir del sueño infantil de la autonomía absoluta o de la búsqueda adolescente de la sola afirmación de sí mismo: el adolescente perpetuo que confunde la libertad con la ausencia de vínculos. Pertenecer a la comunidad en la cual se reconoce la propia identidad, sin renunciar a la propia originalidad no es un equilibrio sencillo, pasa por un aprendizaje, a veces doloroso, pero lleva a la libertad de aceptar la diversidad de los demás, la alteridad de la situaciones sin conflictualidad, dejándonos modificar y enriquecer... A su vez la libertad brota de la verdad de la vida: la vida es un bien que se recibe y que tiende, por su naturaleza, a convertirse en bien que se entrega. Aquel que capta lo inevitable del nexo entre bien recibido y bien dado, accede a una libertad que constituye la base fundamental de toda opción de la vida, y de su misma identidad*”.

Cencini añade entonces al ejercicio de la responsabilidad otras cualidades interesantes: confianza – libertad para querer sin restricción y para salir de un sueño infantil de autonomía; – verdad para salir de la ambigüedad de relaciones formales; – el dolor, no hay maduración y riesgo de opción sin dolor.

¹⁹ Felicitas KORT, *Manual de las emociones* (traducción libre).

Ya la psicología nos da entonces una larga riqueza de contenido para el camino hacia la responsabilidad

Recién pude tomar visión de un largo diálogo sobre “responsabilidad y poder” que ha empeñado una comunidad de nuestra orden por muchos meses²⁰.

El tema era justamente “*como vivir la responsabilidad y como no dejarse arrastrar por la tentación del poder*”. Las intervenciones al diálogo son muy espontáneas y no siguen una lógica precisa, sin embargo son ricas de contenido. Cito las que me parecen más interesantes aún si varias son repetitivas y no plenamente centradas en el tema de la responsabilidad. Pero se trata de una comunidad joven que revela la actualidad de un monacato contemporáneo frente a uno de los problemas más delicado de la formación monástica. Cito sin construir una secuencia lógica, sino siguiendo la evolución espontánea del diálogo.

¿Qué significa vivir la responsabilidad? ¿Qué es lo que favorece un crecimiento en la responsabilidad?

- La primera responsabilidad que tenemos es la de vivir con intensidad y alegría la vocación que el Señor nos ha dado, la responsabilidad vocacional precede cualquier otra responsabilidad aún si se traduce concretamente en asumir en lo cotidiano las responsabilidades de un servicio para la comunidad.
- Lo que ayuda es la conciencia de la motivación por la cual hago o no hago una cosa. Ser responsable frente a Dios no es la misma cosa de ser responsables frente al buen éxito de lo que hago, pues que mucho más de la búsqueda de resultados está mi verdad delante de Dios y delante de la comunidad que custodia mi vocación. Se trata de escoger si vivir para Dios y para la comunidad o para mi propia afirmación
- El ejercicio de la responsabilidad pide verdad en la relación conmigo misma y con mis hermanas: si no hay verdad hay poder. Se cae en una espiral maligna, en una pérdida de identidad, de virginidad y dignidad.
- Lo que nos hace responsables es vivir una filiación, una hermandad auténtica, una humildad, una apertura a la corrección, es entrar en una obediencia inteligente e fiel. En la vida comunitaria estamos constantemente solicitadas a buscar una transparencia de conducta, a no encerrarnos en rígidas defensas o justificaciones. Lo que nos salva es el permanecer dentro la «*conversatio*» monástica que nos estimula hacia una honestidad de fondo, hacia una coherencia con nuestra identidad vocacional.
- Claro, se trata de hacer bien lo que se nos pide para el bien de la casa. Y sin embargo una búsqueda de perfeccionismo puede descartar la verdadera responsabilidad que es, ante de todo, moverse bajo la mirada de Dios, dejarse guiar por la palabra de la autoridad, de la comunidad y del hermano, aprender antes de juzgar, interiorizar una enseñanza antes de proponer cambios. No podemos quedarnos dentro una imagen perfeccionista y a veces arrogante de nuestro servicio o simplemente ejecutiva, o manipulando una situación, sino vivir una escucha, una acogida, una comprensión, una comunión con quien nos ha precedido en el servicio. Si no hay una apertura humilde no hay tampoco auténtica responsabilidad sino sólo una forma de adaptación convencional, una ejecutividad sin alma, una espera molesta e impaciente del momento en que yo podré tomar el mando de las cosas.
- Vivir la responsabilidad no tiene nada de intimista: mi responsabilidad pertenece a la comunidad y siempre me pide de ir más allá de mis estados de ánimo o de lo que me fastidia, La responsabilidad última no es solamente el deber de hacer bien lo que se me pide, sino dar testimonio de la verdad. Lastimosamente nos paramos a la apariencia sin hacernos la pregunta de fondo: ¿Qué es lo que el Señor me pide? Es como si la vida fuera atravesada por un gran olvido de la motivación frontal de nuestra vocación y siempre nos dejamos perturbar por la alteridad del hermano que

²⁰ Diálogos de Vitorchiano-septiembre - diciembre 2007.

nos limita o nos pone en cuestión. El límite del otro pone siempre en evidencia mi límite personal. Necesitamos de la ayuda de la gracia para no pararnos al límite nuestro y del otro y renacer continuamente de la vida que recibimos. No se trata de cubrir el límite sino de reconocer nuestro límite y permanecer positivamente dentro el respeto de la dignidad del otro con su alteridad y su pobreza. Somos lo que recibimos de Dios y de la comunidad: ésta es nuestra única dignidad. Compartir nuestra pobreza con alegría nos hace responsables.

- ¿Responsable hacia quién? Hacia Dios, la comunidad, la realidad. La palabra responsabilidad está atada a la palabra “confianza” y “apertura positiva” a Dios, a la realidad, al otro, al distinto, al imprevisible. Todo se juega en la postura del corazón: si busco afirmar a mí misma no hay apertura y no vivo una verdadera responsabilidad, al contrario si busco el bien objetivo estoy abierta a la verdad, a la colaboración, al perdón y la responsabilidad se hace positividad. Un monje es de veras responsable cuando está plenamente consagrado a la voluntad de Dios y por consiguiente al bien de la comunidad: a su paz, su crecimiento, su unidad, su fecundidad. Un monje es responsable cuando ofrece una imagen transparente de lo que ha recibido de una Regla de una comunidad, de una Tradición. Hay una dimensión sagrada en la vida comunitaria que la hace espacio de encuentro y de conversión y por eso fuerza de maduración de la responsabilidad de sus miembros.
- Vivir la responsabilidad significa también suscitar alrededor de nosotras personas responsables. Si solo suscitamos y pretendamos dependencia estimulamos pasividad y deseo de poder. La colaboración es el método para compartir la responsabilidad y suscitar personas que se muevan con sencillez, madurez y fidelidad en lo que se le ha pedido. Eso no significa abandonar a las personas a su... fantasía, sino valorar su aporte al servicio de la unidad y del bien común. Se trata de promover, no una dependencia pasiva, una inercia ejecutiva y complaciente, pero, sí, una escucha atenta, una actitud de servicio, un deseo de integración con las que llevan el peso de la responsabilidad antes de mí y conmigo, un dejarse guiar y completar, para crecer en una obediencia responsable. Siempre tenemos que abrazar la vida hasta el fondo antes de querer cambiarla, aprender a discernir antes de juzgar.

Estos diálogos subrayan algunas palabras importantes, unas pistas de camino interesantes hacia la responsabilidad:

- *La conciencia de la vocación recibida desde la cual todo se mueve y a la cual todo retorna: es la responsabilidad primordial, la gracia de una identidad vocacional que me define.*
- *La verdad de las motivaciones que me anima: porque actúo, ¿qué es lo que me sostiene, busco afirmación personal o el bien común?*
- *Apertura a la corrección, a la tradición, a la autoridad, a la comunidad.*
- *La capacidad de suscitar responsabilidades y no dependencias pasivas.*
- *Y un vértice: compartir con libertad y verdad nuestras pobreza nos hace responsables.*

La tentación del poder

- La tentación del poder es la tentación del corazón del hombre, la lucha entre el bien y el mal, la búsqueda de la voluntad de Dios o de la voluntad propia, la lucha entre Dios y Satanás. Es la tentación de todo hombre. Claro, para quien detiene una responsabilidad la tentación se hace más aguda sin embargo a cualquier nivel podemos movernos dentro un óptica de afirmación o una óptica de servicio, un dimensión de poder, o una dimensión de gratuidad.
- La tentación del poder se expresa sobre todo en la búsqueda de una afirmación de mi misma en lo que hago, juzgando a los demás, no dejándome ayudar. La tentación

del poder se juega muy a menudo en detalles pequeñísimos que apelan en la rutina diaria a mi libertad, a mi disponibilidad, a mi capacidad de ir al encuentro del otro sin juicios ni prejuicio. Estoy constantemente llamada a escoger entre un poder negativo que hace notar y pesar lo que uno hace o un poder positivo que sirve y va al encuentro de la necesidad del otro sin buscar gratificaciones o reconocimientos. El desafío del poder no está en la responsabilidad que nos viene dada sino en la forma de ejercerlas. Si estoy a la escucha de lo que el Señor me dice y pide no busco en el servicio que se me confía ni un éxito, ni la afirmación de mi persona, ni solicito continuamente una aprobación, solo busco el bien del otro y de la comunidad. Atrás del infinito poder de Jesús solo hay la voluntad del Padre y su adhesión filial.

- La tentación del poder quiere doblar a mí pretensión la realidad. Seguir la tentación del poder es caer en una rabia, una tristeza, una frustración constante, una bloqueo en la apariencia. Si me pongo al centro del mundo mi horizonte se hace estrecho e inconsistente, pues que la alegría de la vida y la amplitud de su belleza están solo en el don de sí mismo sin reservas o defensas.

- La tentación del poder es moverse dentro una preferencia egocéntrica: hago lo que gratifica, lo que me es útil, lo que me interesa, lo que puedo gestionar sin depender de nadie. Quiero ser yo misma la medida de lo que hago, de lo que puedo o quiero hacer

- El poder nos penetra cuando nos ponemos intocables, cerrados a la corrección y al cambio. Nos ponemos muchos disfraces: la sensibilidad, las heridas del pasado, la forma en que nos dicen las cosas, las diferencias culturales o... anagráficas. En realidad solo damos espacio al poder.

- Vivir sin roles no es fácil, pasar desapercibidos, en el silencio y estar contentos de nuestra situación no es fácil. No se trata de marginación que siempre es negativa, sino de lo sencillo y común de nuestra vida monástica. La tentación del poder nos penetra si damos a lo sencillo y a la paz de nuestra vida el nombre de frustración o pero de injusticia. Lo que vence la tentación del poder es la disponibilidad al servicio y a la colaboración en cualquier cosa se me pida, en la alegría de la gratuidad.

El poder aparece entonces en estos diálogos como un relativismo frente a la *Regla*, una ventana abierta hacia la agresividad, la envidia, la comparación, la murmuración, un deseo de tener bajo control lo que hacemos y vivimos para esconder nuestra inconsistencia.

Las reflexiones que animaron estos diálogos parecen sencillas pero en realidad encierran un camino de verdad y de conversión muy fuerte. Ninguno de nosotros está exento de la tentación del poder, de la afirmación de sí, de la búsqueda de éxitos y aprobación. Y, sin embargo, la verdadera experiencia de la libertad está en la superación de tantas exigencias mundanas que llevamos dentro. La felicidad florece en la pobreza del corazón. No a caso el corazón de la *Regla* es el capítulo VII sobre la humildad y el duodécimo grado revela el anhelo más profundo de san Benito. Tomas Merton llamaba este duodécimo grado "*la integración final*". El monje ha llegado a ser una persona unificada, sin tensiones interiores sino la tensión hacia la vida eterna, unificado en sus deseos no mide la vida por sus logros, y, por eso, es sumamente sencillo y libre y, con el corazón dilatado corre hacia la vida eterna sin pararse a las realidades contingentes y efímeras de la temporalidad, ni a las heridas del camino. Merton escribía a propósito del silencio: «*El verdadero contemplativo no es una persona que prepara la mente para un mensaje especial que espera escuchar, sino aquel que permanece vacío pues que sabe que nunca se puede conocer con anticipación la palabra que transformará sus tinieblas en luz. Tampoco espera un tipo particular de transformación. No pretende luz en lugar de oscuridad. El espera la palabra de Dios en el silencio, y cuando llega la respuesta no es tanto como una palabra que irrumpe en el silencio, sino el silencio mismo que de improviso y de forma inexplicable se revela como una palabra de gran potencia, llena de la voz de Dios*».

La victoria sobre la tentación del poder nos pone en el umbral de la vida mística, es decir en aquella la dimensión de libertad y de adhesión que nada puede parar en su corsa hacia el

encuentro con el Señor, hacia la vida eterna. El Papa nos dice que *“en el curso de los siglos, bajo distintas formas, ha existido la tentación de asegurar la fe a través del poder, y la fe ha corrido siempre el riesgo de ser sofocada precisamente por el abrazo del poder... Pero el reino de Cristo crece a través de la humildad...”*²¹. Quizás también la vocación monástica puede ser tal vez sofocada por el abrazo de nuestra ambición, de nuestra pretensión de afirmación, pero en reino de Dios avanza en los surcos de la humillación.

*“Sin el cielo -afirma otra vez Benedicto XVI- el poder terreno queda ambiguo y frágil. Sólo el poder que se pone bajo el juicio del cielo, es decir, de Dios. Puede llegar a ser un poder positivo. Y solo el poder que está bajo la bendición de Dios puede ser confiable”*²².

Quizás haya una última responsabilidad para nosotros cenobitas, una responsabilidad que no tiene referencia al trabajo en cuanto tal sino al supremo trabajo de nuestra conversión personal y comunitaria. Es el trabajo de someternos a la revisión de la vida, a la corrección fraterna, a la ayuda de los hermanos. Amadeo Cencini tiene algunas expresiones muy fuertes a propósito de la corrección fraterna que juzga indispensable en una relación de corresponsabilidad: *“La corrección fraterna no es una intervención extemporánea cuyo objetivo sería restablecer la armonía o la paz perdida, sino la consecuencia inevitable del don de vivir juntos en el nombre de Cristo y de su sangre. Es la manifestación coherente de la responsabilidad asumida en relación con aquel que es, a todos los efectos, mi hermano, y cuya santidad me preocupa, más aún, junto al cual yo me santifico. De lo contrario, lo que hay es aislamiento, marginación, sutil violencia de la perfección privada que no deja espacio al otro en mi corazón, en definitiva, lo que hay es el homicidio”*.

Como he dicho, de este trabajo inmenso de nuestra conversión y de la santificación de nuestra comunidad nadie se puede eximir y sobre nuestra responsabilidad de mutua santificación hay que invocar toda la fuerza del poder de Dios.

Charla di Don Máximo Camisasca sobre el trabajo

Hemos hablado del bautismo como inserción en la vida de Cristo. El bautismo no comunica la mentalidad, el corazón, la existencia de Cristo. Y nos la comunica usando una modalidad según la naturaleza humana. En la semilla hay todo pero no se ve. Necesita encontrar tierra, agua, cuidado. También el bautismo tiene encontrar la tierra de nuestra escucha, el calor de nuestro corazón, y mucho cuidado. Sin cuidado también la semilla del bautismo puede morir. Dios es fuente y medida de todo pero se sirve de los hombres para cuidar la semilla insertada en la vida con el bautismo.

Hay dos caminos de crecimiento:

1° Un camino subjetivo: deseo, petición, pregunta, oración personal, espera de lo infinito. Surge de la libertad misma de la persona. Dios siempre quiere una adhesión libre y conciente. El grande debate sobre la relación entre gracia y libertad nunca ha encontrado una solución a nivel filosófico, pero en realidad la solución es muy sencilla pues que la gracia es la fuente de nuestra libertad

2° Un camino objetivo. La liturgia. El deseo es el camino que sale desde el hombre la liturgia es el camino en que Dios desciende al hombre. En la liturgia Dios escoge cosas, hombres, palabras para crear un mundo nuevo. La palabra de Dios penetra y transforma y produce frutos. Si rezamos los salmos cada día poco a poco hablaremos con el lenguaje de los salmos.

²¹ BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, Cap. 2: Las tentaciones.

²² BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, Cap. 2: La tercera tentación.

San Benito es el santo que mejor comprendió la relación entre la vía subjetiva y la vía objetiva.

Hay un tercer camino hacia Dios: **el trabajo**. Es una vía fundamental para el crecimiento del bautismo en el hombre.

Hay distintas posiciones del hombre frente al trabajo.

El trabajo es una condena. En realidad hay un aspecto de condena. Cuando Dios echó del Paraíso Adán y Eva el trabajo apareció como una condena, es decir como un peso, un sacrificio, una fatiga, un dolor, pero a través del sacrificio ya se vislumbraba la redención. Así como los dolores del parto de una mujer: hay una participación a gestación universal del mundo hacia su plenitud. La condena es solo una condición para lograr una purificación, una apertura a la redención. Pero el hombre no conoce esta profunda esencia del trabajo y solo trata de substraerse al sacrificio que conlleva. Si el trabajo es parte fundamental de la vida del hombre, el hombre que no trabaja es menos hombre. Sin trabajo disminuye su humanidad. El hombre no quiere solamente pensar a la realidad, la quiere transformar y cumplir. El hombre sano desea trabajar de la vida y sacrifica al trabajo toda su vida. Los romanos tenían dos palabras significativas: *otium* – *negotium*. Benito proviene de la mentalidad y cultura romana y adopta estas dos palabras transformándolas: *Otium* – *ORA*; *negotium* – *TRABAJO*. ***Ora et labora*** el gran lema benedictino. El genio cristiano ha expresado lo mejor del pensamiento del mundo pagano y romano. «*Ora et labora*» no son dos palabras sino una sola *en-dia-di*. Es decir: la verdadera oración nace del verdadero trabajo, y el verdadero trabajo es originado de la verdadera oración. Jesús ha sido antes de todo un hombre de profunda oración, de constante relación con el Padre: *Yo hago todas las cosas que el Padre quiere que yo haga*. Y eso nos hace entender la estrecha relación entre oración y trabajo. Jesús entendía lo que tenía que hacer al interior de su diálogo continuo con el Padre. El diálogo de los hombres con el Padre es la liturgia: de la liturgia traemos la forma de nuestro trabajo, traemos el amor que es fuente de nuestro trabajo. *Si amatur non laboratur, et si laboratur etiam labor amatur* (san Agustín) El trabajo nace del amor. La persona alcanzado pro el amor de Cristo trabaja con Él. Quien no tiene razones para trabajar tampoco tiene razones para amar.

Breves indicaciones prácticas:

1° Es siempre muy negativo lamentarse, quejarse, El exceso de lamento significa que hay en la persona algo que no funciona. Esa una campanilla de alarma.

2° El siglo XX tenía que ser -según las doctrinas de Marx y Lenin- el siglo del trabajo. En los años 50 hubo en Europa un gran énfasis sobre el trabajo. Es comprensible: se tenía que reconstruir Europa después de la destrucción de la segunda guerra mundial. Pero este énfasis no obtuvo un buen resultado. Europa fue reconstruida materialmente y económicamente pero no espiritualmente. El trabajo del hombre es positivo solo si el hombre es abierto al infinito. La revolución cultural del año 68 ha matado el sentido de **padre**. Pero si falta la referencia a un padre falta también la referencia al trabajo. La debilidad de los jóvenes de hoy en el trabajo les viene de la ausencia del padre. Pues que es la presencia paterna que socializa e introduce al mundo del trabajo.

3° Para nosotros el trabajo es sobre todo nuestra **respuesta** a Aquel que ha aceptado de morir por nosotros. No abandonamos la oración cuando trabajamos: el trabajo es solo una distinta modalidad de orar. Recuerdo lo dicho antes: importancia de una tiempo de silencio y de oración cada mañana para enfrentar el trabajo con responsabilidad y dedicación. En esta oración reencontramos la experiencia de ser amados y esta es la fuerza para nuestro trabajo.

4° El trabajo une las generaciones y transmite concretamente una vida. Importancia de ver varias generaciones que participan al mismo trabajo: es un forma muy fecunda de transmisión.

5° En una comunidad existen responsabilidades que nos han sido confiadas de las cuales tengo que responder a la persona que me les ha confiado. Cada uno tiene que conocer la responsabilidad y cumplirla. Tengo que hacer lo que me has sido pedido porque esta es mi respuesta a Cristo.

6° No se puede trabajar bien si no se reconoce el valor del trabajo de los demás. En una comunidad hay un solo trabajo, para producir un único mosaico, un único dibujo: la vida de la comunidad. No hay trabajos que valen más o trabajos que valen menos: hay un único trabajo: la respuesta de la comunidad a Cristo.

*Monasterio Ntra. Sra. de Coromoto
Apartado 28. El Tocuyo 3018-A
Estado Lara, Venezuela*